

HISTORIA  
DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE  
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO  
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON  
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,  
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,  
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

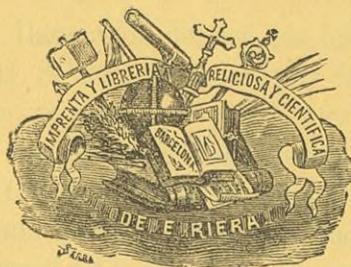
É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

---

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1876.

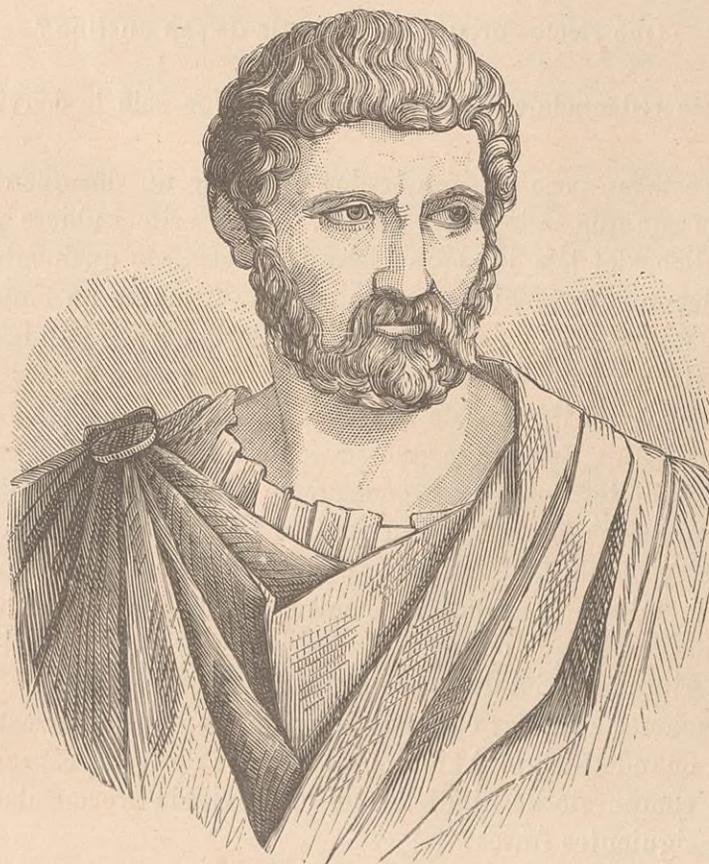
Cuaderno 29.



que hemos recibido. En efecto, en sus memorias llamadas Evangelios, los Apóstoles refieren como Jesús les dió este mandato: Después de tomar el pan y dar gracias, dijo:—Este es mi cuerpo: haced esto en memoria mía; del mismo modo, después de tomar el cáliz y dar gracias, dijo: Esta es mi sangre (1)...»

Con esta naturalidad de lenguaje es como Justino va refiriendo la liturgia del bautismo y de la Eucaristía, conforme se celebraba en la primitiva Iglesia; y á pesar de que su narración carece de adornos de estilo ni de retóricas descripciones, parece que después de leer al santo apologista uno está contemplando aquellas edificantes escenas.

Entra luego á describir la celebración del domingo.



ADRIANO.

«El día que se ha convenido en llamar día del sol, los habitantes de los pueblos y de las aldeas se reúnen en un mismo lugar. Se leen las memorias de los Apóstoles y los escritos de los Profetas, según el tiempo de que se puede disponer. Después que el lector termina esta lectura, el que preside la asamblea dirige una exhortación á los hermanos invitándoles á seguir tan bellos ejemplos. Luego, juntos nos levantamos para orar en comun, después de lo cual se ofrece el pan y el vino, en la forma que llevo descrita. Cada asistente participa de los dones consagrados que los diáconos llevan á los ausentes. Después de todo, se hace una colecta á la que contribuyen aquellos que tienen voluntad y medios; la cual es puesta en manos del jefe de la asamblea que la destina al socorro de las viudas, de los pobres, de los enfermos, de los encarcelados, de los extranjeros; en una palabra, de todos los indigentes. Nos reunimos el día del sol porque es el primer día de la creación y aquel en que JESUCRISTO Nuestro Salvador resucitó de entre los muertos (2).»

Justino pone fin á su apología diciendo:

«Tal es nuestra conducta: si la hallais razonable, respetadla: si no veis en toda ella

(1) *Apolog.*, I, 63, 66.

(2) *Apolog.*, I, 67.

nada mas que frivolidades, despreciadlas; pero nada os da derecho á condenar á millares de inocentes. Podríamos reclamar justicia apoyándonos en el derecho que nos da la carta del ilustre y gran César Adriano, vuestro padre; preferimos apoyarnos en la bondad de nuestra causa y en la justicia de lo que acabo de esponer... Podreis obrar inicualemente contra nosotros, si así lo hiciéreis os anunciamos que no os librareis del juicio de Dios. En cuanto á nosotros, nuestra última palabra será siempre: Cúmplase la voluntad divina.»

## XI.

### ¿Qué efectos produjo la apología de san Justino?

La queja hallábase redactada con el acento varonil que solo la convicción de la justicia podia inspirar.

Los emperadores estaban poco acostumbrados á recibir un documento que tanto distaba del tono de adulacion con que se les solia hablar. Si el escrito hubiese partido de un poderoso funcionario público, del jefe de alguna familia ilustre, de un hombre reputado por sus riquezas; si aquel documento lo hubiese autorizado la firma de un nombre conocido en los anales de la altanera Roma, entonces tal lenguaje hallaria alguna explicacion. Justino no tenia en su favor mas título que el de abogado de una secta oscura y desdeñada.

No sabemos si la apología llegó hasta el Senado; porque aquel cuerpo no podia siquiera discutir ninguna cuestion de Estado sin que precediera invitacion del emperador, é ignoramos si en efecto Antonino les remitió á los senadores aquel importante escrito.

En cuanto al César, tenia bastante buen sentido para que no le produjera honda impresion. Sea efecto de la Apología de Justino, sea que comprendiese el Emperador los peligros que entrañaba el orientalismo y tratara de contrarrestarlo aprovechándose de los elementos cristianos como de una fuerza que oponer á las corrientes orientales, el hecho es que la historia nos cita un rescripto imperial de trascendentalísima importancia.

En algunas poblaciones asiáticas el populacho se presentaba amenazador contra los cristianos; entonces fue cuando dirigió Antonino al Consejo de Asia, especie de Dieta ó de Senado que allí habia compuesto de diputados de la provincia proconsular, un documento en que encontramos las siguientes frases:

«Sé bien que está en interés de los dioses el que se descubra á los cristianos; son, pues, ellos, y no vosotros los que deben castigar á aquellos que se niegan á adorarles. En cuanto á vosotros, que les acusais de impiedad, tened en cuenta que cuanto mas os sublevais contra ellos mas les incitais á la constancia; porque mas bien que vivir, prefieren aparecer como condenados injustamente á morir por su Dios. En cuanto á los terremotos pasados y presentes de que les acusais, no me parece mal aconsejaros que compareis vuestra conducta con la suya. Ellos entonces manifiestan mayor confianza en su Dios, mientras que vosotros, amilanándoos, haceis desprecio de las divinidades... Si se invocan procedimientos contra alguno, solo por el hecho de ser cristiano, mandamos que el acusado sea absuelto, por mas que conste que sea cristiano, y que se castigue al delator.

## XII.

El rescripto de Antonino no impidió que hubiese mártires en su época.

Sobre los sentimientos de humanidad del Emperador estaban las preocupaciones del pueblo. En aquella época no bastaba que el César se propusiese tolerar á los cristianos; hubiera sido menester que se resolviera á defenderles. Para ello se necesitaba ante todo mucho va-

lor, se necesitaba arrostrar algo mas que la impopularidad, y Antonino, que se captó el dictado de *Pio*, no se grangeó el renombre de *fuerte*.

Telesforo, que de las asperezas del desierto pasó á la sede pontificia, despues de manifestar en el primer puesto de la jerarquía católica que no habia olvidado el espíritu del ferviente anacoreta, el amor de Dios en que se inflamaba el pecho del cenobita, despues de dejar recuerdos tan importantes como el de introducir en la sagrada liturgia el canto de *Gloria in excelsis Deo*, de ordenar el ayuno que habia de preceder á la celebracion de la Pascua de Resurreccion, ayuno que estaba ya sancionado por la tradicion, como término de su activo celo encontró el martirio.

Si son pocos los datos que tenemos acerca la muerte de san Telesforo abundan en cambio los que las actas de los mártires refieren de una familia de alta posicion domiciliada en Roma. Al frente de esta familia hallábase una piadosa viuda llamada Felicitas, madre de siete hijos varones.

Contaba esta familia con ventajosas relaciones en la capital del imperio, lo que hizo que su hogar se convirtiera en centro de propaganda cristiana, ya por el piadoso celo de todos los habitantes de aquella casa, ya por los ejemplos de fe y de piedad que se hacian mas públicos cuanto mas elevada era la alcurnia de los que los practicaban.

Iritó al fanatismo pagano la conducta de Felicitas y sus siete hijos, hasta el punto de que se formularan públicas censuras contra la condescendencia del Emperador, que se calificaba de debilidad criminal. Los rumores malévolos acabaron por convertirse en formal delacion.

—Es á la majestad del César, le dijeron; es á vuestro imperio á quien insulta esta mujer, á la que ayudan sus hijos, quienes, como ella, son culpables de votos sacrílegos, los que harán implacables á los dioses, si no se obliga á esta familia á darles el culto que consignan las leyes.

No se sintió Antonino con valor suficiente para rechazar una denuncia fundada en hechos que le constaban á él personalmente. Todo lo que pudo hacer fue desentenderse del asunto, ofreciendo que lo encomendaria al prefecto.

Llamó á este Antonino, encargándole que no hiciera mas que lo preciso para acallar ciertas exigencias, decidiéndose antes por la tolerancia que por la rigidez, procurando mejor atraer que castigar.

Obediente á estas instrucciones, el prefecto creyó oportuno proceder por medios oficiosos, y en vez de citar á Felicitas á su tribunal, la invitó á que fuese á la casa que él habitaba. Ni Felicitas ni el prefecto faltaron á las atenciones de una visita. Pero recayó por fin la plática sobre asuntos de religion. Felicitas defendió la suya con sólidos argumentos á los que contestó el prefecto recordando con frases algo veladas las penas en que incurrirían tanto ella como sus hijos si persistiesen en profesar una religion proscrita por la ley. Felicitas no dejó de ver en las frases del prefecto primero halagos y despues amenazas; y tomando la palabra con dignidad, dijo:

—Suceda lo que suceda Felicitas no olvidará lo que debe á su Dios ni con complacencias, que fueran culpable debilidad, ni con un miedo que fuera criminal cobardía. Si Dios me destinase á luchar, como he de combatir solo por su gloria, es Él quien se encargará de que no salga vencida. La vergüenza con que me conminas no seria para mí; seria para el prefecto de Roma, que habria de verse vencido por una débil mujer.

—Veo que la muerte, contestó el prefecto, ejerce en tí un atractivo que no sé explicarme. Pero tienes hijos, y esta vida que les diste con ser su madre no debes quitársela con tu tenacidad.

—La vida no está ligada á este mundo, exclama con conviccion Felicitas. Cuando mis hijos morirían fuera al ofrecer un sacrificio que ante su conciencia de cristianos no seria mas que un sacrilegio.

El prefecto dió por terminada la entrevista, convenciéndose de que todos sus artificios no habian de lograr otro objeto que escitar mas el entusiasmo religioso de aquella heroína.

La conferencia no hubo de pasar desapercibida. El carácter mismo de los personajes que la sostuvieron contribuyó á darle mayor publicidad, de suerte que algunos dias despues en Roma era el asunto general de todas las conversaciones. Escusado es decir que la entrevista daba lugar entre los paganos á quejas contra el prefecto, á quien se acusaba de falta de carácter.

La situacion para la familia de Felicitas iba haciéndose por momentos mas difícil, de suerte que su residencia en Roma llegaba á ser para la virtuosa viuda y sus hijos un verdadero peligro. Pero les sobraba valor para arrostrarlo.

No tardaron en ser citados á presencia del pretor, pero esta vez, ya no con carácter privado, sino para que compareciesen ante su tribunal.

El pretor no se dirige á la mujer; se propone interesar á la madre, y hablándola á Felicitas de sus hijos, la dice:

—Son demasiado jóvenes, la esperanza les sonríe de una manera harto atractiva, para que tu corazón maternal pueda arrastrarles á la muerte á la flor de su edad.

—Tú juzgarás como ternura de madre una instigación criminal que para mí no fuera mas que una impiedad, contesta resueltamente Felicitas; y evocando el recuerdo de la madre de los Macabeos se dirige á sus hijos para decirles:—Hijos míos: ¿veis este cielo tan esplendente de hermosura? Allá arriba os aguarda nuestro Dios con una corona para cada uno de vosotros. Si teneis que sufrir, acordaos que combatís por la gloria de vuestro Dios y la vuestra; sed dignos soldados de un Rey tan grande.

La irritación del prefecto se reveló en una bofetada que á una señal suya imprimió uno de los verdugos en el respetable rostro de Felicitas.

Ni Felicitas necesitaba que se la insultase de esta suerte en su dignidad de mujer ni sus hijos en su honra de tales para mantenerse firmes en su fe; pero la bofetada impresa en la frente de la ilustre romana por la mano de un verdugo les comunicó nuevos bríos para responder al pretor de la manera como él merecía.

Fingiéndose una actitud calmada, el pretor invita á que se acerque á él uno de los hijos, llamado Enero, y ora con halagos, ora con promesas, trata de hacerle idolatrar; pero todo es inútil. Le habla, luego, en nombre de la autoridad que ejerce, á lo que contesta el joven:

—Te fatigas en vano: entre tu autoridad y mi conciencia, yo opto por dejar á salvo la segunda. Tengo ya tomada mi resolución.

Enero, despues de sometido á la pena de azotes, es encarcelado.

Llama inmediatamente el pretor á Félix, otro de los siete hijos, señalándole el incensario para que lo incline ante los ídolos y les ofrezca inmolaciones:

—Yo no adoro mas que á un solo Dios, exclama este, y los sacrificios que le ofrezco son la fe de mi alma y el amor de mi corazón. Tienes mucho poder; pero este no llega ni á hacer vacilar nuestra fe ni á menguar nuestra esperanza.

Al hacer retirar á este, se presenta animoso Felipe, y al comunicársele en nombre de la ley de Roma á que ofrezca incienso á los dioses todopoderosos, contesta con energía:

—Esas estatuas de piedra ni son dioses, ni todopoderosos; yo no me he de rebajar hasta prestarles adoración.

Á Silvano, que comparece luego, el prefecto le habla de la siguiente manera:

—Cuanto interés quiero manifestar yo en favor vuestro veo que ha de ser completamente inútil. Seguis á ciegas los mandatos de una mujer que induciéndoos á la rebelión, á la impiedad, os pierde, y se complace en abrir á vuestros piés un abismo.

—Si este abismo es la muerte que vosotros podeis imponernos, contesta el animoso muchacho, ten en cuenta que nosotros le consideramos como el camino á la inmortalidad. Tenemos una ley que nos manda amar la virtud. El que la sigue debe vivir; podrá morir: en la tierra; pero resucitará en el cielo.

Se adelanta por fin el mas jóven de los siete hermanos. El pretor le dice :

Á una edad como la tuya se ama mucho la vida; me prometo que no serás tan insensato como tus hermanos.

—Es porque amo la vida, responde el jóven, porque adoro yo un solo Dios, y me resisto á prestar culto á ridículos simulacros.

Poco despues, el primero de los siete hermanos fue molido con planchas de plomo, dos murieron apaleados, otro echado al Tiber, y la madre y tres hijos fueron decapitados.

En tiempo de Antonino viéronse tambien degollados en la misma capital del imperio Marcos y Timoteo por profesar la fe cristiana.

Habíase convertido una mujer de la sociedad romana. Si bien hasta su conversion su conducta no era recomendable, al entrar en el Cristianismo resolvió cumplir fielmente con sus deberes. Llevaba su esposo una vida disoluta, de la que resolvió ella retraerle presentando á su consideracion las bellas enseñanzas de castidad del Cristianismo y recordándole que el que degrada su cuerpo con actos que condena la razon misma debe recibir en otro mundo muy rudo castigo. Sin embargo este hombre no obedecia sino á los impulsos del deleite, de que se constituyó en esclavo, llegando á los últimos extremos de la brutalidad. Sus sensualidades obtuvieron una publicidad escandalosa durante un viaje que hizo á Alejandria, en virtud de lo que su esposa, con la aprobacion de sus parientes, se separó de él. La separacion, autorizada por las leyes, irritó al marido, y por sentimiento de venganza, el esposo se constituyó en delator, acusándola de cristiana ante los tribunales. Pidió la acusada al Emperador que le permitiese primero poner en órden sus intereses, que luego ella contestaria á la delacion, lo que le fue otorgado.

Semejante demora puso fuera de sí al vengativo esposo, quien teniendo noticia de que era un tal Ptolomeo quien habia convertido á su consorte á la fe, hizo á este el blanco de su odio. Resuelve perderle, y con este fin se encamina á la morada de un centurion amigo suyo, le delata á Ptolomeo, le induce á que le prenda y que limite su informacion á un solo capitulo, á saber: si es cristiano. El centurion lo verifica así, y Ptolomeo hace ingénuamente la profesion de su fe, en virtud de lo cual es conducido ante el tribunal, donde el prefecto de Roma, Urbico, le pregunta si es cristiano. Ptolomeo responde sin vacilar que efectivamente lo es. Urbico le condena á muerte. Al oir la sentencia, uno de los concurrentes, Lucio, que está persuadido de la iniquidad de semejante fallo, se acerca á Urbico para decirle:

—¿Qué justicia es esta que te obliga á condenar á un ciudadano solo porque lleva un nombre que te es odioso? ¿De cuándo acá un romano que ni es adúltero, ni homicida, ni usurpador de los bienes de otro, ni culpable de crimen alguno, merece en el tribunal de Urbico la muerte, solo por confesar que es cristiano? Semejante sentencia es una iniquidad que no toleran los tiempos en que vivimos. Con ella deshonoras la piedad de nuestros emperadores é injurias la justicia de nuestro Senado.

—Será que tú eres tambien cristiano, exclamó el prefecto.

—En efecto lo soy, contesta Lucio.

Urbico dicta inmediatamente contra Lucio sentencia de muerte.

Lucio contesta con la mayor tranquilidad:

—Te agradezco el que con la muerte me prives de tener que estar bajo la accion de los déspotas y me pongas en manos del mejor de los padres.

Un tercero se declaró cristiano tambien, y fue igualmente ejecutado.

En nuestra sociedad que, á la accion de las corrientes escépticas, siente una especie de asfixia, apenas se conciben los arrebatos de aquellas santas almas llenas de la aspiracion del cielo y que estaban siempre dispuestas á inmolar su terrenal existencia, viendo al través de la muerte abiertos los brazos del Salvador para acogerles en su gloria, creyéndose hasta una felicidad el tener que afrontar con las potestades terrenas una lucha de la que sabian de antemano habian de resultar vencedores.

## XIII.

Estas ejecuciones escitan á san Justino á escribir su segunda Apología.

El Emperador, la ley eran hasta cierto punto tolerantes con los cristianos; no así las masas del pueblo. El poder se abstenia por su parte de hacer pesquisas, pero aunque las delaciones no debieran ser atendidas en esto, la superstición popular se sobreponía á la ley.

Para la gente del vulgo, cristiano equivalía á ateo, impío, libertino, incestuoso, homicida, hostil á los dioses. ¿Dominaba este criterio en las personas que constituían los tribunales? Fácil es suponerlo. La información tomada por Plinio el joven en Bytina se redujo á declarar sumariamente y sin aducir pruebas de ningun género que el Cristianismo era una superstición detestable. No faltaron esclavos, mujeres, que, no resistiendo á las rudas pruebas de su interrogatorio, declararon todo lo que se quiso. El hecho de que los jóvenes, las matronas, los hombres vigorosos no declarasen nada que hiciese sospechoso al Cristianismo, á pesar de los tormentos á que se les sometía, mientras que eran solo los débiles los que procuraban sustraerse á la tortura por medio de falsas declaraciones, debiera haber bastado para que los espíritus rectos se formaran de los cristianos un justo concepto, y que para condenar reclamasen que se les presentara el cuerpo del delito, pues sabían que ni el pensamiento, ni la intención, ni tampoco la sospecha popular justificaban como tales una sentencia (1). No obstante, en muchos casos no sucedía así. Los emperadores, aun los menos preocupados contra el Cristianismo, no se atrevían á decretar una tolerancia de derecho; faltábales valor para arrostrar la impopularidad. De ahí la carencia de leyes claras y bien definidas, creándose para los jueces una situación difícil que daba lugar á la arbitrariedad y á la aplicación de una justicia vaga que variaba segun los países, los tiempos y los hombres encargados de su aplicación. Hemos visto que á la mujer convertida por Ptolomeo, á pesar de estar denunciada por su marido, le bastó una pequeña reclamación de su parte, fundada en el arreglo de sus intereses, para que se aplazara indefinidamente todo procedimiento; mientras que Ptolomeo, Lucio y otro cristiano eran conducidos al patíbulo por proclamar la fe de CRISTO. Cuando el juez se decidía por la crueldad no faltaban pretextos, y nada tan fácil como desenterrar antiguas leyes que nadie cuidaba de derogar por mas que estuviesen en desuso. Los mas adictos á las supersticiones paganas invocaban el *Nemo separatim habessit deos*, la ley *Julia Majestatis* (2), los textos de la ley contra las conjuraciones (3) y tumultos populares (4), y tantos otros de la complicada legislación romana que podían directa ó indirectamente aplicarse contra los cristianos.

La condenación de Ptolomeo y sus dos compañeros, el proceso incoado por venganza de un marido criminal contra una mujer convertida hubo de provocar de parte de Justino, que se consagraba en Roma á la enseñanza de las ciencias filosóficas, su segunda *Apología*. La palabra enérgica de Justino era en estos casos como la voz de la justicia que no podía tolerar los atropellos cometidos, no ya en nombre de una creencia, sino de mezquinos intereses ó miserables pasiones.

«A fuerza de tormentos se arranca á esclavos, á niños, á débiles mujeres, la confesión de crímenes imaginarios que los paganos cometen públicamente. Pero como somos inocentes, estamos tranquilos, teniendo como tenemos á Dios por testigo de nuestros actos y de nuestros pensamientos... Por otra parte ¿por qué no habíamos de hacer ostentación de las acciones de

(1) *Cogitationis pœnam nemo patitur.* (Dig., XLVIII, XIX, 18).

(2) *Qui novas et usu vel ratione incognitas religiones inducunt ex quibus animos hominum moveantur, honestiores deportantur, humiliores capite puniuntur.* (J. Pauli, *Sentent.*, V, XXI, 2).

(3) *Puniuntur concilio et conjurationes;* y la glosa añade: *Consultit quis communicat et qui conscius est scalaris, qui suadet, qui tentat corrumpere.* (Dig., XLVIII, XIX, 16).

(4) *Actores seditiois et tumultus, populo concitato, pro qualitate dignitatis aut in furcam tolluntur, aut bestiis obijciuntur, aut in insulam deportantur.* (Dig., XLVIII, XIX, 38).

que se nos acusa? ¿Por qué no habíamos de decir que con ellas obramos bien y religiosamente? Se cuenta que degollamos hombres; será que celebramos los misterios de Saturno. Pretenden que nos bañamos en sangre; será que imitamos vuestra manera de rendir homenaje á aquel dios, cuyo ídolo vosotros rociáis, no solo con sangre de irracionales, sino con sangre humana derramada por la mano de vuestro magistrado mas ilustre. Que nos entregamos á todos los excesos de una disipacion sin nombre; será que imitamos á vuestro Zeus y á los demás de vuestros dioses, de quienes vuestros poetas celebran los adulterios y los incestos. Mas al contrario; por lo que se nos persigue y se nos oprime de mil maneras, es porque invitamos á todos los hombres á abandonar semejantes prácticas y á repudiar tales modelos. Pluguiera al cielo que algun orador de lo alto de una tribuna pudiera exclamar con voz imponente:

«Avergonzaos, sí; avergonzaos de imputar á hombres irreprochables crímenes que vosotros cometéis públicamente, de atribuir á hombres puros y sin tacha acciones que solo son propias de vosotros y de vuestros dioses.»

Si Lucio habia interrogado al pretor diciéndole: ¿qué crímenes cometen los cristianos? Justino hacia mas; Justino exclamaba: los crímenes que á nosotros nos imputais sois vosotros los que los estais cometiendo á la luz del dia. Justino, ya no se limita á la defensa, sino que con el valor propio de un campeon de la fe cristiana toma enérgicamente la ofensiva.

Justino refiere el hecho de Ptolomeo, de Lucio, con las circunstancias con que lo hemos consignado anteriormente, y añade que él mismo va á ser víctima de una venganza de esta naturaleza de parte de un filósofo cómico, Crescente, enemigo suyo personal. «Este sicofanta, dice, no cesa de delatarnos por ateos é impíos, á pesar de que le he demostrado en conferencias públicas su ignorancia de las cosas cristianas ó su mala fe.» Justino se ofrece á refutarle ante el mismo Emperador si este consiente en escucharles á ambos. «Se me dirá, continua, ya que tanta prisa llevais de iros con vuestro Dios, entonces daos la muerte á vosotros mismos y nos ahorrareis el trabajo de que os la demos nosotros. No; esta no ha sido ni será jamás nuestra línea de conducta. Si desafiamos la muerte es por amor á la verdad; pero nos está prohibido el atentar contra nuestra existencia; tenemos ante todo el deber de propagar el reino de Dios sobre la tierra.»

De esta suerte Justino contestó á los que acusaban á los mártires de suicidas. El cristiano puede y debe defender la verdad; en nombre de los derechos de la verdad está obligado hasta á sacrificar la propia existencia; pero esta existencia ni debe ni puede sacrificarla en aras de un capricho ó de una inútil inmolacion.

Justino se hace cargo de otra objecion. Elevándose á la filosofía providencial de la historia, se suele decir, añade, que si Dios estuviese de nuestra parte no permitiría que nos oprimieran nuestros enemigos; es una objecion fútil, exclama; y entrando á hablar de las causas del orden sobrenatural dice: «El pecado convirtió un ángel en demonio. Es el espíritu satánico el que levanta tempestades contra nosotros. Á fin de no turbar el actual orden de cosas y no envolver á buenos y á malos en una catástrofe comun, Dios aplaza su justicia definitiva; y mientras llega la separacion de los buenos y de los malos, no estrañemos que para probar á aquellos permita á estos que les persigan: proceder de otra manera seria quitar al hombre su libertad, condicion esencial del mérito y del demérito. Los males que sufrimos demuestran cabalmente la verdad de nuestras doctrinas. Si los demonios desencadenaron su furor contra los que poseian la semilla del Verbo, tales como Heráclito, Musonio y tantos otros, es natural que se irriten contra nosotros que hemos recibido en herencia la ciencia del Verbo completo. Lo que los filósofos, los antiguos legisladores dijeron de bello y de bueno lo debian al Verbo, al cual conocian en parte, y hé aquí lo que valió á Sócrates el ser perseguido en su tiempo, como nosotros lo somos hoy. Ya Jenofonte expresa esta verdad moral en el apólogo en que representa á Hércules entre la virtud y el vicio simbolizados por medio de dos mujeres, de las que la una, con rostro risueño, le brinda con la copa del placer, mientras que la otra, con severidad de mirada le está invitando al combate. El menosprecio de los goces y el

valor en las luchas sostenidas en nombre de la virtud, constituye la mejor credencial de la verdad. Por reconocer en los cristianos una intrepidez sin igual, es por que yo pasé del sistema de Platon á las doctrinas del Evangelio, persuadido de que la verdad habia de encontrarse en los cristianòs. Y no es que crea que las teorías de Platon sean absolutamente opuestas á las enseñanzas de CRISTO; pues soy de parecer que cada filósofo se ha acercado al Cristianismo en la medida de verdad que el Verbo divino le ha hecho conocer. Lo que hay es que lo que no existia sino en el estado de gérmen, en los sábios del mundo antiguo ha adquirido en nosotros su completo desarrollo por la gracia del Verbo hecho carne.»

Tal es la segunda *Apologia* en la que Justino, á la par que al Senado de Roma, se dirige al Emperador, á quien invita á hacer justicia como *hijo de César*, y poniendo al fin de su enérgica defensa estas palabras: «¡Ojalá podais emitir un juicio digno de vuestra piedad y de vuestra filosofía (1)!»

#### XIV.

##### ¿Antonino tuvo el carácter de perseguidor?

La segunda *Apologia* de Justino, á pesar de su lenguaje enérgico, de su ataque á las sectas paganas, de sus censuras contra los poderes públicos, no fue causa de que se le persiguiese. El prefecto de Roma, Urbico, no le hizo comparecer ni una sola vez ante su tribunal. Nadie se constituyó por entonces en su acusador. El *Conquirendi non sunt* de Trajano constituia ley; Justino no apareció como delincuente mientras no tuvo quien le delatara.

Todo induce á creer que Justino, lejos de ser mirado con prevencion por el Emperador, hasta le era simpático; quizás este llegaba á venerar á un hombre de inteligencia tan ilustrada y de carácter tan entero como el célebre apologista. Justino decia: «Nosotros no pedimos que se castigue á nuestros acusadores; su perversidad y su ignorancia del bien constituyen ya bastante castigo.» El Emperador iba mas allá, y decretaba una pena para el acusador.

Era un triunfo para la religion cristiana el que se establecieran precedentes de tolerancia y de libertad con sus apologistas. No era esto la paz de la Iglesia, es verdad; el poder imperial, tan poderoso en apariencia, no lo era bastante en la realidad para sobreponerse á los caprichos de los pretores ni á las pasiones del populacho. Sin embargo, en la misma Roma, á ciencia y paciencia del Senado, á la vista del Capitolio, la Iglesia empezaba á disfrutar de cierta accion propia, recogia herencias, trasformaba palacios en sitios de oracion, reunia periódicamente á los fieles. Tertuliano, san Agustin, Eusebio, borran el nombre de Antonino de la lista de los perseguidores.

Refiriéndose á esta época, dice un sábio historiador católico (2): «La constitucion de la sociedad romana no dejaba de convenir en muchos puntos á la sociedad cristiana. Se ha manifestado muchas veces como aquella unidad de tantas naciones, de tantos países abrió el camino á una religion hecha para todas las naciones y todos los países. Además, si se tiene en cuenta lo que llevo dicho sobre las libertades del imperio romano, se comprenderá que hubiesen de servir como de auxiliares al Cristianismo, que pudieron serle notablemente preciosas. Y despues de cesar aquella persecucion de los primeros dias, aun encontraba la Iglesia en la libertad municipal un amparo contra el poder; en la libertad de asociacion, un derecho para sus asambleas; en la libertad de educacion, una garantía para la trasmision de su fe; en la libertad habitual de la palabra, una facilidad para el apostolado. Conforme á las costumbres de la antigüedad pagana, fuera de los templos, se hallaba una cátedra y un auditorio por todas partes. Es menester confesarlo con un sábio cristiano de nuestros dias; si el imperio de Roma

(1) *Apolog.*, II, 15.

(2) *Les Antonins*, por el conde de Champagny, t. VIII.

hubiese estado constituido sobre la base de nuestras monarquías modernas, si hubiese tenido, conforme hubiera debido ser, proporcionado á su estension, un presupuesto de tres mil millones y un ejército de dos millones de soldados, un ministerio de Gobernacion, un ministerio de Fomento, un ministerio de Gracia y Justicia con todas sus circunstancias y dependencias, es decir, todo lo que puede oponer barreras á la libertad personal; si un predicador cristiano hubiese podido ser preso, no como cristiano, sino como predicador; si un padre cristiano hubiese podido ser preso, no porque educaba cristianamente, sino porque educaba; si los fieles que se reunian hubiesen podido ser presos, no como cristianos, sino porque se re-



TEMPLO DE ÉFESO.

unian, y esto por un poder presente en todas partes y armado en todas partes; si sobre todo esto, el imperio pagano hubiese tenido á su disposicion una prensa para dominar, oprimir, falsear la opinion pública, el éxito del Cristianismo que fue un milagro, habria sido un doble milagro.»

El imperio de Antonino terminó sin guerras gloriosas, es verdad, pero con una paz fecunda. No se derramó sangre, pero se realizaron reformas legislativas, un mejoramiento en las costumbres de las que el Cristianismo mas ó menos tarde habia de recoger el fruto.

Mientras se halló á la sombra de Antonino, el jóven Marco Aurelio que habia de sucederle prestaba sus espaldas á que sirviesen de apoyo al nuevo Numa, escuchando con respeto

las lecciones que á su padre adoptivo le inspiraban su bondad natural y su mucha experiencia.

Antonino en su postrera hora hizo introducir la estatua de oro de la Fortuna en el cuarto de Marco Aurelio, en señal de que él era el nuevo emperador.

## XV.

### ¿Por qué Marco Aurelio fue perseguidor?

Si el esplendor que venia adquiriendo Roma reclamaba en su trono una gran figura, de seguro que en aquella época los romanos no habrian sabido escoger otra mas á propósito que Marco Aurelio. Su talento era tan precoz, que este ilustre descendiente de la familia española de Antonio Vero formaba ya entre los sacerdotes salios (1) á los siete años, y fue investido de la toga viril á los quince. Tan esmerada fue su educacion que los retóricos mas renombrados, los filósofos mas eminentes de su época, le reconocieron como uno de sus mas aventajados discípulos. Amigo fiel, continuó correspondiendo con su amistad y tratando con la mayor familiaridad y franqueza á sus antiguos compañeros de infancia y de estudios. Excelente hijo de familias, no se cansaba de repetir que entre los muchos beneficios que debia á los dioses consideraba como el mayor el que su conciencia no le remordiese de haber proporcionado jamás el menor disgusto á su padre. A la edad de diez y seis años renunció en favor de su hermana Cornificia la herencia paternal, y á las instancias de su madre contestó: «Tengo el patrimonio de mi abuelo, este me basta; da el tuyo á mi hermana para que no se encuentre en situacion inferior á la de su marido.»

Marco Aurelio dice de sí mismo que aprendió de su abuelo la paciencia, de su padre, que perdió muy jóven, la energía, de su madre la piedad y la beneficencia, y ya que no tenia nada que estudiar en su tio Elio Vero, al menos recibió de él la leccion de vigilar sobre su propia persona.

A los doce años se cubrió con la capa del filósofo, hizo una vida frugal y estaba resuelto á dormir en el suelo, á no haberle contrariado en este propósito su solícita madre.

Sus estudios y severidades debilitaron su salud, que procuró fortalecer por medio de ejercicios corporales.

Marco Aurelio representa la filosofía en el trono imperial. A la espada del conquistador él prefirió el manto del filósofo. Si la ciencia hubiese podido asegurar el porvenir del imperio, nadie mas á propósito que Marco Aurelio; y sin embargo, es indudable que en su reinado Roma entró definitivamente en el período de su decadencia.

Representaba perfectamente Marco Aurelio el movimiento intelectual de su siglo: hé aquí por que perteneció á la escuela estóica.

Pero en época de Marco Aurelio, el estóico no es ya el hombre de mármol que orgulloso sobre el pedestal de su pretendida filosofía, ve pasar impasible los acontecimientos y los hombres, ajeno á sus glorias ó á sus desgracias, sin que llegue hasta él una sola chispa de sus pasiones. Despues de siglo y medio de Cristianismo la escuela estóica experimentaba una transformacion tan radical, que les hubiera sido imposible reconocerla á sus antiguos maestros.

«La mejor manera de vengarse de los hombres, escribia en sus *Pensamientos*, es probar que eres mejor que ellos no vengándote. ¿Encuentras los hombres malos? No te aflijas: instrúyelos.

«Yo tengo una ciudad y una patria. Como emperador, mi ciudad es Roma; como hombre

(1) Sacerdotes instituidos por Numa para custodiar los escudos construidos segun el modelo del que decian caido en Roma en ocasion en que la ciudad se veia azotada por la peste, y que se consideraba como el paladion del imperio.

mi patria es el mundo. Adórnate, pues, oh alma mia, de sencillez, de pudor, para todas aquellas cosas que no son ni el vicio ni la virtud.

«Piensa, se repetía todas las mañanas, que hoy has de obrar como hombre.

«La gloria mas grande no se estiende mas allá de algunas generaciones. Y aun cuando nuestro nombre debiese permanecer para siempre en la memoria humana, ¿qué provecho habríamos de sacar?... ¡Cuán insensatos somos! damos valor á las alabanzas de una posteridad que nosotros no conoceremos. Afligirse de no ser aplaudidos por los siglos que han de venir, equivale á afligirse de no serlo por los siglos que han pasado. ¡Cuántos ignoran tu nombre y lo ignorarán siempre! ¡Cuántos lo habrán olvidado dentro de poco! ¡Cuántos que hoy te bendicen te maldecirán mañana! Á decir verdad, la fama, la gloria, es cosa bien poco digna de ocuparnos.

«Existe un parentesco entre todos los séres dotados de razon. El mundo es como una ciudad superior, dentro de la cual las otras ciudades son como familias.

«Cuando se cumple con el deber es imposible que la corriente de la vida no marche hácia el bien.

«Haz bien á todos, sé útil á todos, sirve á todos los hombres y á cada uno de ellos.

«No te canses de hacer bien á otro; sirviendo á otro te sirves á tí mismo. Prefiere el bien de otro al tuyo, imitando á los lacedemonios que en los espectáculos dejaban el mejor sitio para los extranjeros. El hombre que se separa de su prójimo por el odio, se separa de toda la sociedad, como la rama que se segrega de la rama termina por hallarse desgajada del tronco.

«Ama á todos los hombres, y ámalos desde el fondo de tu corazón. Sea cual sea la esfera en que te halles colocado, ama á aquellos con quienes debes vivir y ámalos de veras.

«Sufre al malo; ten compasion de él... perdónale; es mas culpable respecto á sí mismo, que respecto á los demás. Por otra parte, ¿estás seguro de su perversidad? ¿Conoces sus pensamientos íntimos? ¿Sabes si hay algun hecho oculto que le justifique? ¿Y tú, por ventura, eres enteramente puro? ¿No cometes quizás las mismas faltas? Y si no las cometes, ¿no es tal vez la vanidad ó el miedo lo que te las hace evitar?

«Yo perdono á la primera señal de arrepentimiento. Entra en el poder del hombre amar hasta á aquellos que le han ofendido... Es menester que mueras perdonando.»

Absurdo fuera no reconocer en las sentencias que acabamos de copiar la accion oculta, pero innegable, del Cristianismo.

Marco Aurelio, como muchos de los moralistas de su tiempo, obedecian á esta accion de una manera inconsciente. Aquella moral no llegaba á ser todavía la moral cristiana; pero tampoco era ya la moral estóica. Por ahí podriamos explicarnos el hecho de que Marco Aurelio, lo mismo que la mayoría de los filósofos de su época estuviesen faltados de sistema. Así es que en vez de partir de una base, de una verdad determinada, le vemos á Marco Aurelio andar errando del atomismo al panteísmo, y ora parece creer en un Dios personal con su providencia, ora no encontramos en él nada mas que un fatalista que lo concede todo al acaso.

¿Por qué hay en cada hombre un lazo de parentesco que le une al género humano? La razon no es el precioso principio de la fraternidad, conforme lo enseña el Evangelio; no es nada mas que la solidaridad panteísta; «por una participacion de una inteligencia comun;» porque «el espíritu de cada uno de nosotros es un Dios emanado del Sér Supremo.» — «Es preciso obedecer á los dioses,» exclamó Marco Aurelio. Pero ¿por qué razon? ¿Por qué en la Divinidad está el principio criador? ¿por qué la Divinidad representa el dominio supremo? No, contesta Marco Aurelio; sino «porque los dioses y nosotros constituimos un gran todo, y dejar de seguir la impulsión comun, es turbar la armonía de este todo.» — «Debemos sufrir la adversidad,» continua el filósofo Emperador. — Pero ¿hemos de sufrirla, acatando los designios de la Providencia? No es esta la razon que él da; «hemos de sufrirla porque el bien universal lo quiere, y este reside, no en nosotros, en quienes el sér no es mas que una quimera, sino en el sér total del que nosotros formamos parte, sin que tengamos conciencia de ello.»

— «Es preciso tolerar á los malos.» ¿Por qué? «Porque forman parte del órden universal y llenan en este concepto su funcion respectiva: el malo hace malas acciones por la misma causa que la higuera da higos,» razon puramente fatalista, á la que el mismo Marco Aurelio añade esta otra razon idealista: «porque la vida no es mas que un error del espíritu, una falsa nocion de las cosas;» ó esta otra razon escéptica: «porque todo es opinion.» — ¿De qué manera el hombre tiende á Dios? ¿Qué clase de reposo encontrará en Él? «Tú has subsistido como parte de un todo; lo que te produjo te absorberá, ó por mejor decir, serás recibido por un cambio en el seno del Padre fecundo de la naturaleza.» — «Acuérdate de la sustancia universal de la que solo eres un átomo.» — «La vida de cada uno se reduce al goce del momento presente.» — «La muerte es como el nacimiento, un misterio de la naturaleza, una combinacion, de los mismos elementos.» — «¿La muerte es disipacion, resolucion en átomos, aniquilamiento, extincion?» Marco Aurelio no sabe contestar á esta pregunta. Despues, aventurando una afirmacion, dice: — «Si las almas no mueren ¿cómo puede el aire contenerlas tras de tantos siglos? Así como los cuerpos despues de alguna permanencia en la tierra, se alteran y se disuelven, dejando el lugar á otros, así las almas, despues de alguna permanencia en el aire, se alteran, se funden y se inflaman, volviendo á entrar en el seno fecundo del primer principio del universo, para dejar lugar á los que sobreviven. Es todo lo que puede contestarse suponiendo que las almas no mueran... Lo que es materia va á perderse muy pronto en la masa total; lo que es causa va á entrar muy de prisa en el principio de toda actividad en el universo.»

Así Marco Aurelio anda fluctuando del panteísmo al atomismo, del idealismo al materialismo, y acaba por manifestarse, no solo fatalista, sino escéptico.

Se concibe muy bien que un talento tan privilegiado, á causa de su vaguedad de principios, acabara por producir un carácter débil, vacilante como sus ideas. Marco Aurelio no tuvo el valor de los grandes actos como no tuvo el de las grandes afirmaciones.

En la ciencia política elevábase á grande altura. Dice que aprendió en los filósofos «la idea de un Estado libre en que reina la igualdad natural de todos los ciudadanos y de todos los derechos; el proyecto de una grande monarquía que estableciera como el primero de los deberes, el respeto á la libertad de los ciudadanos.» No hacia consistir la majestad en el fausto. «El imperio, decia, no es ni el palacio, ni los guardias, ni las antorchas, ni los trajes espléndidos, ni las estatuas. Un príncipe puede llevar una vida como la de un simple ciudadano, sin revelar por esto menos grandeza, cuando el emperador obra como tal y pone la mano en los asuntos del Estado.»

Partidario de la igualdad legal, no es que tuviese ideas comunistas. «Es de la esencia misma de las cosas el que haya súbditos y superiores; pero téngase en cuenta que los superiores son constituidos en atencion á los súbditos, como estos en atencion á aquellos. Hé aquí lo que forma el concierto mútuo y la armonía. Así como el mundo tiene un dueño, así como el rebaño tiene un pastor, es menester que los hombres tengan un jefe.» Pero Marco Aurelio quiere que el jefe del Estado no se crea fuera de la ley. «Guárdate, continua en sus *Pensamientos*, de juzgarte superior á toda ley, como lo hacian los malos emperadores Neron y Domiciano. Esto equivaldria á destruir la igualdad natural: tu vida, separada del cuerpo de la sociedad, del que eres la cabeza, seria una vida facciosa, como la de cualquier hombre que creándose un partido para sí dentro la república quebranta la armonía y la unidad.»

Marco Aurelio establece que un buen emperador debe saber sufrir. «La paciencia forma parte de la justicia. ¿Qué vienen á ser aquellos que gobiernan á sus semejantes con orgullo y tiranía, que consideran á sus inferiores por debajo de ellos? Unos miserables que poco antes se degradaban haciendo la corte, que se humillan siempre ante todo aquel de quien esperan ó temen algo. Es menester portarse con dulzura y sin orgullo con los hombres, que aunque sean á veces falsos é injustos, no por esto nos autorizan á nosotros á salirnos de la verdad y de la justicia.»

Léjos de enamorarse de utopias, ó de proponerse un ideal conforme á sus ideas de filósofo, reconocia que las concepciones filosóficas no son las mas á propósito para producir la felicidad de un Estado. «Pobres políticos aquellos que quieren arreglar las cosas segun las máximas de la filosofía. Niños que sueñan y nada mas. ¿Qué es, pues, lo que hay que hacer? Lo que reclaman las necesidades del momento presente. No esperéis que se realice nunca en el mundo la república de Platon. Contentémonos con mejorar un poco las cosas, que esto es ya un gran resultado. ¿Quién puede cambiar las ideas y los sentimientos de los hombres? Y sin este cambio ¿podremos tener otra cosa que esclavos que gimen bajo el yugo, é hipócritas que sirven á la mentira? Que no se me hable de Alejandro, de Filipo, de Demetrio, de estos actores trágicos que no estoy condenado á imitar. La obra de la filosofía es mas modesta; no debe pretender un papel tan ambicioso.»

Hablando de la guerra escribia: «Las guerras de agresion son un verdadero pillaje.»

Lo que dice en sus escritos no deja de estar por punto general en armonía con sus actos. Trabajó por reformar la vieja sociedad corrompida por el egoismo, en hacer que se atendiera á los esclavos, á los derechos respectivos de las esposas y de los hijos. Personificó el esfuerzo supremo del ingenio humano para salvar aquella sociedad y aquellas instituciones.

Tan respetuoso fue con sus maestros que guardaba sus bustos en el oratorio de su palacio, *in larario suo*, y no era raro verle descender del trono imperial para ir á sentarse en los escaños de la escuela.

Profesaba gran respeto al Senado, al que sometia el conocimiento y resolucion de asuntos que sus antecesores acostumbraban decidir por sí mismos; y fue entre los senadores donde escogió los esposos de sus hijas, sin tener en cuenta su fortuna. En las sesiones del Senado, á las que solia asistir con frecuencia, preferia el parecer de los demás al suyo. «Es mas justo, exclamaba, que yo siga la opinion de tantos amigos ilustres que el que yo les imponga la mia.» En cierta ocasion dijo á aquel alto cuerpo: «No olvido que nada en el imperio me pertenece, ni aun esta casa que habito, la cual es vuestra.» El salario que disminuyó á los histriones lo aumentó á los maestros de filosofía y de elocuencia, de que dotó á las grandes poblaciones del imperio. Mejoró los establecimientos fundados por sus antecesores en favor de la educacion y manutencion de los hijos de los ciudadanos pobres. Prohibió los baños comunes á los dos sexos y ordenó el entierro de los pobres á expensas del Erario público.

Acostumbraba informarse de los procesos criminales ó civiles intentados contra personas distinguidas, buscando para inclinar á la indulgencia en el acto culpable el error de la intencion ó la ignorancia de la voluntad. Abrió todas las puertas á la defensa; y si se le hacian cargos por entorpecer la accion de la justicia, contestaba: «Al tratarse de la vida de un hombre nunca hay demoras que temer.» Quería el rigor para pocos, la indulgencia para el mayor número, reservándose siempre para sí el derecho de perdonar.

Al presentársele un ciudadano con una peticion, Marco Aurelio se dirigia hácia él tendiéndole la mano.

Cuando se le queria oír, él se prestaba fácilmente á esponer en público sus ideas como un simple filósofo.

El único templo que hizo construir fue á la *Bondad*, que en la mitología pagana no tenia ni altar ni nombre.

Lo que le sobró de corazon le faltó de carácter. Es de buen político el salvar las dificultades; pero hay ocasiones en que no basta querer evitar los conflictos, sino que la justicia ó el interés del Estado obliga á afrontarlos. Para un hombre de gobierno no siempre la única conducta ha de ser transigir, sino que en ocasiones dadas es indispensable proceder con energía.

Le repugnaban, por ejemplo, las escenas del anfiteatro, reconocia que eran inmorales, ¿por qué, pues, no valerse de su popularidad para acabar con ellas? «Los espectáculos de la escena, los combates de los gladiadores, decia, todo es como un hueso echado para que lo

roan los perros, un mendrugo de pan que se deja caer en un vivero.» ¿Y qué aconsejaba el severo Emperador contra aquellos espectáculos degradantes? «Asistid á ellos con un sentimiento de bondad y sin orgullo.»

Su conducta en asuntos de esta naturaleza era pagar tributo á la preocupacion popular. Por aquí se explican sus condescendencias con las pasiones idolátricas.

Desencadenáronse en su época sobre Roma multitud de calamidades públicas. Inundaciones del Tiber, largas y funestas guerras en Oriente, otras guerras en las márgenes del Danubio, la peste haciéndose endémica. Toda esta série de azotes produjo una recrudescencia en el fanatismo pagano. El vulgo invadia los templos, se echaba á los piés de los sacerdotes, acudia á las supersticiones tradicionales; los hombres de mundo acudian á los astrólogos, á los cultos nuevos, á las prácticas fatalistas.

El odio contra los cristianos llegaba á los últimos confines de la locura. Marco Aurelio debia ponerse de parte de aquellos á quienes sin la menor razon se acusaba de causar todos los males que llovian sobre el imperio, ó debia cuando menos detenerse á examinar si eran culpables ó inocentes. Para ello le era preciso tener á raya el fanatismo popular, oponerse á la explosion de las pasiones gentílicas tan exacerbadas. Le faltó á Marco Aurelio el valor necesario para una obra de justicia de esta naturaleza. Muy léjos de ello, el Emperador se dejó arrastrar por una corriente que ni supo contener ni conducir, y aquel hombre de moral en apariencias tan justa se convirtió en perseguidor.

## XVI.

### Incitaciones contra los cristianos.

En la época á que nos referimos la supersticion pagana habia llegado á su último extremo. Por todas partes aparecian adivinos, encantadores, hombres que se erigian en dioses. Diríase que el fanatismo pagano sentia que se acercaba su juicio final y estaba realizando su supremo esfuerzo.

Imposible fuera describir los recursos á que se acudió para producir la exaltacion popular.

Recordaremos, entre otros, á Alejandro de Paflagonia, de quien escribe su contemporáneo Luciano, que jamás impostura tan grande explotó la credulidad humana.

Alejandro era un jóven de bella fisonomía, de palabra fácil y elocuente, enriquecida con todo el aparato de una imaginacion oriental. No le faltaba talento para conocer las preocupaciones de su época, de las que supo aprovecharse á las mil maravillas. En un siglo de pestes, de enfermedades contagiosas de toda especie, el dios popular habia de ser Esculapio; pero no el dios viejo y arrinconado; aquella era época de novedades; el de Alejandro, pues, hubo de ser un Esculapio rejuvenecido. Comprendiendo que en Roma, donde el orientalismo ganaba cada dia terreno, habia de ser de moda el culto oriental de los animales vivos, y en particular de las serpientes, escogió á este reptil para que fuera el dios á quien se proponia explotar. Era una pequeña serpiente oculta en un huevo y hallada por casualidad en los fosos de Abonótica. Esta serpiente, creciendo en pocos dias, se enroscaba en el cuello del profeta, descendiendo de allí hasta tocar el suelo, y provista de una cabeza humana pronunciaba oráculos. Interrogado el dios por medio de cartas cerradas, emitia su respuesta sin romper el sello, lo que fue aceptado por los paflagonienses, raza supersticiosa hasta la estupidez, estendiéndose de allí su prestigio por el Asia Menor, despues por la Tracia, la Italia, y al fin, por Roma, penetrando en el palacio mismo del procónsul y de los emperadores. Alejandro tenia para embaucar á la gente su buena coleccion de misterios, de ceremonias fantásticas. Acudió tambien á representaciones nocturnas en que se ejecutaban los amores de Alejandro y de la Luna, enamorada de su belleza, donde no faltaban hogueras, frases misteriosas, augurios; todo lo

que pudiese alucinar á aquellas masas. Las gentes de su tiempo se preocupaban poco de su espíritu y mucho de su salud corporal; el dogma, la moral de Alejandro, todo quedaba reducido á unas cuantas prescripciones curativas, á una cierta pomada de oso contra las enfermedades y á un verso alejandrino que era menester escribir encima de las puertas. La devoción de aquel tiempo exigía salud, larga vida, tesoros que descubrir; todo esto lo proporcionaba Alejandro. No faltó quien se burlase de él, quien, como Luciano, mordiera la mano que el profeta le daba á besar; pero, de todas maneras, su éxito fue grande, se le erigieron templos mientras vivía, tuvo sus sacerdotes, sus propagandistas recorrieron el mundo, su verso preservativo de la peste se escribió sobre todas las puertas; los generales le consultaban, Marco Aurelio mismo le fue favorable, y el procónsul Rutiliano se hizo su discípulo, su adorador, y, lo que es mas, su yerno, casándose con una hija que Alejandro tuvo de su casamiento con la Luna!

¿Era la superstición de Alejandro una combinación apoyada por el poder, á fin de desencadenar las masas contra el Cristianismo? El hecho es que antes de empezar la representación de sus misterios, hacia pregonar por su heraldo:

—«Si hay aquí algun ateo, cristiano ó epicúreo, que venga para espiar las santas orgías, que se retire.» El mismo exclamaba: «¡Fuera de aquí los cristianos!» Con su autoridad de oráculo hacia decir á su dios: «La provincia del Ponto está llena de ateos y de cristianos que blasfeman contra mí: si quereis obtener mi protección, proveeos de piedras y echádselas.»

Aunque la persecución parecia alcanzar tambien á los ateos y á los epicúreos, estos tenían medios para evadirla. En caso de necesidad, no encontraban reparo en inclinar el incensario ante las falsas divinidades, sin perjuicio de burlarse despues de ellas públicamente. La conciencia de un epicúreo ó de un ateo no era la conciencia de un cristiano. Estos proclamaban que antes que la vida está la honra y la dignidad de la conciencia; antes que quemar un grano de incienso, ú ofrecer una inmolación á un ídolo, antes que jurar por el genio del príncipe estaban dispuestos á morir.

Tambien los dioses intervenian en este clamoreo general contra los que creían en JESUCRISTO. La persecución, mal reprimida en época de Antonino, estalló de una manera terrible en la de Marco Aurelio.

## XVII.

### Cuarta persecución.—Fanatismo de Marco Aurelio.

Marco Aurelio, á pesar de sus alardes de tolerancia, á mas de su debilidad de carácter, que le sometía siempre á la oleada popular, hubo de ser enemigo de los cristianos en su carácter de maestro de la escuela estóica, de pontífice de la secta pagana.

Como filósofo participaba de las preocupaciones de la mayor parte de los de su tiempo respecto á los cristianos. Eran para él unos insensatos que se entregaban al suicidio, solo por una tenacidad injustificable. «Es menester, dice en sus *Pensamientos*, estar prontos á morir en virtud de un juicio que nos sea propio; pero nunca por espíritu de obstinación como los cristianos.»

Fuese por debilidad de inteligencia que le obligase á condescender con el fanatismo popular, fuese por el papel que representaba en el paganismo, le vemos degradándose en la mas grosera superstición, creer en sueños, inclinarse ante adivinos explotadores.

Presentábase con carácter imponente la guerra de Germania. No obstante sus instintos pacíficos, Marco Aurelio tiene que soltar la pluma del moralista empuñando la espada del general. Pero antes estima conveniente una preparación.

Á fin de hacerse propicios á los dioses les ofrece un espléndido festin que dura siete dias. Los templos se llenaron de suntuosas mesas donde se servian los mas exquisitos manjares á dioses de piedra ó de polvo, recostados en riquísimas almohadas. Tantos fueron los bueyes blancos que sacrificó, que circuló despues por Roma el siguiente epigrama: «Los bueyes blancos al emperador Marco Aurelio:—Si vuelves vencedor, estamos perdidos.»

La señal para que estallara la persecucion fue el siguiente edicto:

«El emperador Marco Aurelio á todos sus administradores y oficiales: Hemos sabido que los que en nuestros dias se llaman cristianos quebrantan impunemente las leyes del imperio y las ordenanzas de nuestros antepasados. Arrestadlos; y si no sacrifican á los dioses, sometedlos al tormento. Cuidad, no obstante, de que la severidad no se separe de la justicia, y que cese el castigo donde acabe el crimen.»

Una de las primeras víctimas fue una vírgen romana llamada Glicería. Hallábase en Heraclea, donde confesó solemnemente su fe en un templo de Júpiter. Inmediatamente fue reducida á prision, sometiéndosela á varios tormentos, siendo al fin degollada en Tracia, donde mas tarde se le erigió un templo.

## XVIII.

### Alegato de Atenágoras en favor de los cristianos.

No dejaron de oirse en favor de los cristianos palabras elocuentes.

Entre los que defendieron la fe de CRISTO con su pluma contra las acusaciones de los idólatras, merece Atenágoras un lugar especial. Su estilo se distingue por la moderacion, por la calma: mas que de escitar pasiones, trata de desvanecer preocupaciones. En su elocuencia resalta la dignidad al lado de la templanza en las formas; y si deplora la ceguera de los hombres del poder, nunca falta al respeto que se debe á los representantes de la autoridad.

Poco sabemos de su vida. Por fortuna Atenágoras es de estos hombres cuya fuerza de conciencia, cuya nobleza de alma se retrata perfectamente en sus escritos.

Lo que sabemos de él es que fue considerado como jefe de la escuela alejandrina. Al convertirse al Cristianismo, no dejó de llevar, lo mismo que Justino, el manto del filósofo. Como san Pablo, por inspiracion del Espíritu divino pasó á ser apóstol cuando se preparaba á ser perseguidor.

Tomando la defensa de los cristianos, se dirige á los emperadores para decirles:

«Vuestro imperio, oh grandes príncipes, es habitado por gente que reconocen leyes y practican costumbres distintas; cada hombre tiene libertad de adherirse á las instituciones de su patria, por ridículas que estas sean, sin que se le inquiete por una ordenanza ó por el temor de un juicio... Todos los pueblos, todas las naciones ofrecen los sacrificios y celebran los misterios que mas les acomodan... Únicamente nosotros constituimos una escepcion en la regla general. ¿Á qué viene esto?... Se admira vuestra dulzura, vuestra mansedumbre, el carácter pacífico y humano que manifestais. Todos gozan de iguales derechos... Pero á nosotros á quienes se llama cristianos y que no hacemos mal á nadie, á nosotros, que llenos de piedad hácia Dios, abrigamos las mejores disposiciones en favor de vuestro poder imperial... no solo permitis que se nos persiga y se nos atormente, sino que nos tratais como á enemigos. Por esto, os presentamos nuestra causa á la luz del dia, á fin de manifestaros que se nos oprime sin motivo y contra toda ley.»

No podia defenderse un derecho manifestando mayor consideracion hácia los que lo estaban violando. Atenágoras, sin caer en la bajeza de la lisonja, hace justicia á las grandes cualidades del Emperador; y puesto que habla al poder, ni reprende ni amenaza, sino que se

# ARMONIAS ENTRE GONOS Y PESARRES

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ

POR D. JOSÉ PALLÉS

Los dibujos hechos en 1857 en posesión de 150 copias de este libro se han vendido en el extranjero y en España en un total de sesenta y cinco mil ejemplares.

# LA PASION DEL REBENTON

por don Pablo. Obra de don Pablo de Arana. 27. Cuadros. Precio de 10 rs. en pasta; 6 rs. en tela. En los tomos en 1.º, 2.º y 3.º precios de 10 rs. y 12 rs. en pasta; 6 rs. y 8 rs. en tela. 8 páginas. 8 cuadros de real la edición.

# AÑO DE MARIA

La historia de este año en 1.º, ilustrada con 60 láminas. — Cada tomo comprende los meses de...

# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA

Esta obra se publica en 12 tomos. Cada tomo contiene la historia de un siglo, desde el año 1000 hasta el presente. Cada tomo contiene 100 láminas. — Cada tomo comprende los meses de...

# HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra se publica en 12 tomos. Cada tomo contiene la historia de un siglo, desde el año 1000 hasta el presente. Cada tomo contiene 100 láminas. — Cada tomo comprende los meses de...

# LA VUELTA POR ESPAÑA

Esta obra se publica en 12 tomos. Cada tomo contiene la historia de un siglo, desde el año 1000 hasta el presente. Cada tomo contiene 100 láminas. — Cada tomo comprende los meses de...

# EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA

Esta obra se publica en 12 tomos. Cada tomo contiene la historia de un siglo, desde el año 1000 hasta el presente. Cada tomo contiene 100 láminas. — Cada tomo comprende los meses de...

# ILUSTRACION RELIGIOSA — LAS MISIONES CATORCENAS

Esta obra se publica en 12 tomos. Cada tomo contiene la historia de un siglo, desde el año 1000 hasta el presente. Cada tomo contiene 100 láminas. — Cada tomo comprende los meses de...

# ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ.

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

## LA PASION DEL REDENTOR.

por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*; á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

## AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando menos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.

## HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 82 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.